

perábamos que la jóven y amable duquesa de Nemours cantaria algunas arietas y cancioncillas que sabía, pues así se lo habíamos suplicado nos la diplomacia entera, y por mas que su modestia lo habia rehusado, exponiendo ruborosamente por una parte no poseer la habilidad del canto en términos que mereciera ser escuchada por tan distinguida concurrencia, y por otra la imposibilidad en que se reconocia de vencer su timidez natural, todavía nos lisonjeaba la esperanza de oirla. Pero no, la tímida duquesita nos dió al fin el sentimiento de privarnos de este gusto, sin el cual la reunion nocturna, política por demas y de demasiada etiqueta, ofrecia poca amenidad y si una buena dosis de secatura. Motivo por el que, despidiéndonos del rey y de la familia todo lo mas á la francesa que pudimos, porque á mí me importaba mucho evitar el exámen á que pudiesen dar lugar las largas conversaciones, nos retirámos los dos compañeros tempranito á descansar un rato, y de noche todavía emprendimos nuestro regreso en posta para Paris.

Las circunstancias del viaje de vuelta fueron un poca azarosas, y del género cómico-trágico; serian curiosas de contar, y lo hiciera si no me hubiera extendido ya demasiado en este capitulo. Pero todo lo llevé á bien, y todo lo compensaba la satisfaccion de haber llenado cumplidamente la delicada mision cerca de Luis Felipe del fingido diplomático Fray Gerundio.

El cementerio del Padre La Chaise.

Un recinto que contiene *cincuenta mil* túmulos de piedra creo que merece bien ser visitado. Y si á la circunstancia de ser el cementerio del *Padre La Chaise*, el mayor y mas notable de los muchos cementerios de Paris, se agrega el llevar el nombre de un *Padre*, de un jesuíta que fué confesor de Luis XIV, era otro razon mas para interesar á los dos exclaustrados viajeros. Así es que á pesar del poco aliciente que ofrece la visita de una mansion de difuntos, Tirabeque se prestó á acompañarme.

El paseo era largo, porque el cementerio está ya fuera de barreras, al oriente de la poblacion, y no distará ménos de una legua del centro. — Tomaremos, le dije á Tirabeque, una *Dama Blanca*. — ¡Cómo, mi amo! exclamó; ¡una *Dama Blanca* para ir al cementerio! — Creo que es lo que debemos hacer; lo mismo sería tomar una *Escocesa*, ó una *Favorita* ó una *Parisiense*, ó cualquiera otra, pero pienso que las que acostumbran á ir son las *Damas*

Blancas. — Señor, todas ellas podrán ser muy buenas para llevadas á otra parte, pero lo que es á un cementerio, tengo para mí que no es muy religioso llevar semejante gente. Pero en fin, si es empeño de Vd., opino por que llevemos dos. — No, con una tenemos bastante. — Pues yo pienso que una es poco, mi amo.

El simple ó no se acordaba ó no sabia que las *Damas Blancas*, y las *Escocesas*, y las *Parisienses*, y las *Favoritas*, lo mismo que las *Orleanesas*, las *Bearnesas*, las *Golondrinas*, las *Diligentes*, las *Batiñolesas*, las *Damas reunidas*, las *Tryciclas*, las *Constantinas*, las *Gazelas* y otras muchas, son otras tantas berlinas, ó por mejor decir, nombres de otras tantas empresas de carruajes de esta clase, cada una de las cuales posee y tiene en movimiento 20, ó 30, ó 50, ó 100, ó 200, ó 500, ó mas berlinas, que recorren periódicamente diferentes carreras. Las *Damas Blancas* parten de la plaza de *Carroussel* y llevan hasta el cementerio del *Padre La Chaise*. Subimos pues en una de estas, y no fué pequeño el chasco de Tirabeque cuando vió que era aquella la *Dama Blanca* que habíamos de llevar, ó mejor dicho, que nos iba á llevar.

Á los extremos de las calles de la *Roqueta* y *San Andres*, que son las mas próximas al cementerio, casi todas las tiendas y talleres están ocupados por escultores, marmolistas, ó lapidarios que trabajan en la elaboracion de lápidas sepulcrales, pirámides, columnas y todo lo que pertenece á los monumentos fúnebres, así como de floristas y maestros de carpintería que se ejercitan en hacer cruces, coronas de siemprevivas, y ramos y guirnaldas de flores para ornato de los senderos. — Señor, me decia mi buen Pelegrín, toda esta gente está siempre en pecado mortal. — ¡Cómo en pecado mortal! — Sí señor, porque están continuamente pecando contra el quinto mandamiento, que nos manda no desear, ni querer ni alegrarnos del mal del prójimo, y estos están siempre deseando que se muera mucha gente y muy á prisa para que les compren lápidas y cruces y coronitas, porque en el consumo va la ganancia.

No me pareció desacertado el discurso de Tirabeque, si bien, como le dije á él, son oficios necesarios y de consiguiente permitidos, que tal es la condicion de la vida humana, vivir la mitad de los hombres de los males y desgracias de la otra mitad. Apeámonos y entrámos en aquella gran *Necrópolis* ó ciudad de difuntos.

El cementerio es un inmenso bosque situado sobre porcion de colinas y poblado de todas las especies de árboles y arbustos que pueden dar una triste belleza y una amenidad sombría á estos

lugares de meditacion y de recuerdos. Colocado el contemplador en la cima de la colina mas elevada, se presenta á su vista el mas extenso, el mas variado, el mas pintoresco y el mas rico cuadro que puede gozarse en las cercanías de Paris. Pudiera decirse el mas risueño, si no fuera una risa lúgubre y de muerte como la risa de la convulsion la que inspiran aquellos campos. Á lo léjos se contempla una ciudad de vivos, la ciudad mas bulliciosa del mundo: á los piés un pueblo de muertos, la mansion del descanso y del reposo. Allí el movimiento, la agitacion, la bulliciosidad de un pueblo alegre y frívolo: aquí un testimonio severo de que los pueblos mas frívolos, mas dados á los espectáculos de disipacion y de recreo, no pueden ménos de pensar en que hay otra vida, en que hay una religion que no pueden destruir los hombres, y que entre sus sagrados dogmas nos enseña el de la inmortalidad. Si alguno en Paris se hiciese ateo, éntre en el cementerio del P. La Chaise y creará. Si alguno hubiese bebido las doctrinas del materialismo, penetre en el cementerio, veá á la madre arrodillada ante la tumba de su hijo, á la esposa evocando los manes de su esposo, escuche sus fervientes oraciones, oiga sus ardientes súplicas dirigidas al Eterno por las almas de los que fueron objeto del cariño de sus entrañas, y diga al salir si cree ó no en la vida de los espíritus inmortales. Los cementerios son los argumentos indisolubles de la existencia de una vida eterna y espiritual.

El del P. La Chaise lleva contados ya mas de cien millones de francos (mas de 400 millones de reales), lo necesario para haber podido edificar una ciudad de 40 mil habitantes. Esto podrá dar idea de su grandiosidad. En él, como en una poblacion de vivos, hay una infinidad de calles, rectas unas y tortuosas otras; y dos compañeros que se separan allí pasarian fácilmente dos ó tres dias sin poder encontrarse. Por eso al emprender nuestro paseo de revista sepulcral encargué mucho á Tirabeque que no se apartara dos pasos de mi lado. ¡Qué variedad de sarcófagos! ¡Qué riqueza de monumentos! ¡Cuántos hombres grandes descansan allí! El suelo está cubierto de construcciones de madera, de mármol, de jaspe, de granito, de bronce, de las piedras y metales mas preciosos, y bajo mil caprichosas formas trabajados.

Allí el monumento de *Masséna*, cuyo obelisco de un solo trozo descansa sobre un cubo de mármol blanco que le sirve de pedestal. Aquí el del mariscal *Suchet*, consistente en una enorme pila cuadrangular de mármol y granito; en su faz meridional se ve el busto del guerrero, y la Historia escribiendo sus hazañas sobre

un cañon. Allá el del general *Foy*, en piedra de talla, con su grueso basamento sobre el cual descansa un templete con cuatro columnas acanaladas del órden dórico. Acá el de *Casimiro Perrier*, con una soberbia estatua en bronce del grande hombre de Estado, á cuyos lados se ve inscrito: « *Elocuencia, Justicia, Firmeza, la Ley, Banco de Francia: 1837.* » Mas allá el de la princesa rusa *Demiduff*, adornado de diez columnas que sostienen un templo períptero tristylo. Al otro lado el de *Monge*, erigido por el reconocimiento de los alumnos de la escuela politécnica. Al otro el del célebre diputado *Manuel*, arrojado de la Cámara por la entereza en la emision de sus opiniones en 1825. Aquí el del fogoso patriota *Emilio Verenet*, que dejó recomendado le decorasen su tumba con la bandera tricolor. Allí el que la ciudad de Paris levantó á las *Victimas de Julio*, con su correspondiente inscripcion de LIBERTAD, ÓRDEN PÚBLICO. Y por todas partes obeliscos y columnas, y pirámides, y templos y capillas, erigidos á la memoria de los innumerables hombres célebres que descansan en aquella populosa ciudad.

Las tumbas de los profesores distinguidos en ciencias y artes están regularmente embellecidas con los emblemas ó atributos propios de cada ciencia ó facultad. Así se ve, por ejemplo, la del estatuario *Cartellier* en medio de dos grupos de tres estatuas cada uno; debajo de las de la izquierda se lee: « *Gloria, Talento, Modestia;* » bajo las de la derecha « *Amistad, Sabiduría, Bondad.* » La tumba del *Dr. Gall* acompaña un emblema de la *Craneología*, sobre el cual están inscritos los nombres de las cualidades frenológicas. Sobre la losa sepulcral de la famosa trágica *Duchenois* se leen trozos enteros de las principales piezas que representó, y en que sobresalió aquella inmortal actriz. Y hasta el arte alegre de música ha concurrido á dar animacion y encanto á aquella lúgubre mansion, pues sobre la tumba de *Reicha*, profesor de contrapunto en el Conservatorio, se ve una lira de piedra, y á sus lados varias composiciones músicas del contrapuntista difunto. — Señor, me dijo Tirabeque cuando se las hice notar, bien dicen que genio y figura hasta la sepultura: el diablo son los músicos: hasta al camposanto llevan la aficion á contrapuntear. Lléveme Dios cuando me muera al departamento de los músicos. — Yo no sé, Pelegrin, le dije, si escogerias el mejor lugar.

Hay inscripciones sábias, filosóficas y sublimes; pero las hay tambien ridiculas, y no pocas. Siento que hubieran borrado hacia poco una muy chistosa que decia: « *Al mejor de los esposos:*

al buen padre de familia : al mas honrado de los ciudadanos : al mas tierno de los amigos : á la víctima mas sensible de las persecuciones. Su inconsolable viuda sigue despachando los géneros mas exquisitos de perfumería en la calle tal, tienda número tantos, á precios muy equitativos. Se suplica á los que visiten estos santos lugares no dejen de seguir favoreciendo su establecimiento. »

Y tampoco se me olvidará una que decia : « *Famille RISSOAM* (en frances). *Mulierum exemplar el decus* (en latin). *Hic jacet sponsa, hic jacebit sponsus, hic jacebunt filius et nurus, hic jacebunt ex iis nati et nascituri, hic jacebit quoque M. L. Canappeville, que per tres et quadraginta annos in me, in meum natum, præsertimque in meam conjugem accuratissime officium contulit. Meum est hoc votum.* MR. FLEURI RISSOAM, *pater et avus, pharmacopeus parisiensis.* Familia de RISSOAM. Ejemplar y ornato de las mujeres. Aquí yace la esposa, aquí yacerá el esposo, aquí yacerán el hijo y la nuera, aquí yacerán los que han nacido y los que nazcan de ellos, aquí yacerá tambien M. L. Canappeville, que por cuarenta y tres años me ha cuidado con mucho esmero á mí, á mi hijo y principalmente á mi mujer. Esta es mi voluntad. *Mr. Fleury Rissoam, padre y abuelo, boticario de Paris. »*

Solo á un farmacéutico Parisien le podia haber ocurrido la idea de tan singular epitafio.

Pasámos en seguida al sitio que llaman la *Isla de los Españoles*, donde están los sepulcros de varios españoles, célebres unos y no célebres otros.

Pero dejaremos los españoles, y á *Abelardo y Eloisa* para el siguiente capítulo, porque hoy es ya tarde para inquietarlos en sus tumbas.

La isla de los españoles; y Abelardo y Eloisa.

Grande fué nuestro contento al hallar en el principal cementerio de la capital de Francia tantos sepulcros de españoles; que yo no sé cuál de las dos cosas causa mas satisfaccion, si encontrar en país extranjero compatriotas vivos, ó hallar sus cenizas honradas y veneradas en extraños climas.

Bajo un elegante templete de mármol coronado por una cruz y sostenido por ocho columnas, reposan los restos de *D. Mariano Luis de Urquijo*, antiguo ministro de Estado en España, que falleció en Paris el año 1817. En la parte posterior de la urna se lee :

*Il fallait un temple à la vertu,
Un asile à la douleur.*

Como el nombre estaba escrito en español y el epitafio en frances, ocurrióle á Tirabeque la observacion de que el hermano Urquijo era español por delante y frances por detras, cuya observacion los versados en la historia contemporánea podrán juzgar si tenia algo de exacta ó era puramente de capricho. Á su lado se leia otra inscripcion que decia :

JUANITO SEGUNDO DE SOTO Y URQUIJO.
Le 17 janvier 1837.

Este otro misto de frances y español me hizo pensar si la observacion de Tirabeque tendria algo de verdadera respecto de la familia de los Urquijos. En lo del *Juanito* no reparó Tirabeque; yo sí reparé, pero no quise llamarle la atencion.

Á la tumba del médico español *García Suelto* acompaña esta inscripcion honrosa :

El doctor Tomás García Suelto,
español, médico, filósofo y poeta.
*L'humanité, la société et les muses
déplurent sa mort prémature. (1)*

— Señor, señor me dijo Tirabeque lleno de fuego y entusiasmo; recemos un Padre nuestro y un Ave María por este buen español que descansa aquí. Esto me hizo notar un sepulcro en que se leia : « *Kindelan*, nacido en España, y empleado despues en el servicio de la Francia : *español, pide á Dios por el alma de un compatriota que no olvidó jamas su primera patria.* » — En efecto, *Pelegrin*, le dije, justo es que roguemos por él. Y pedimos por su ánima con todo el fervor que su patriótica recomendacion merecia.

Veíanse ademas otras venerables tumbas, tales como la del brigadier *D. Pedro José Fernández de la Cuesta*, muerto en 1826; la de *Ofarril*, en 1831; la del *Príncipe de Maserano*, Grande de España de primera clase; la del embajador *Duque de Fernan Núñez*; la del marino *Guzman de Carrion*; la del sábio *Morales*; la de la *Marquesa de Arneva*; y otras mas ó ménos notables, y mas ó ménos grandiosas ó modestas.

Entre las sombrías calles de árboles que se elevan sobre la derecha de la capilla, é inmediato á los mausoleos de *Molière* y *La Fontaine*, se ven dos monumentos, cada uno de los cuales bastaria

(1) La humanidad, la sociedad y las musas lloran su prematura muerte.

para llenar de orgullo al amante de las glorias españolas, si no le llenaran al mismo tiempo de ruborosa indignacion al contemplar que los restos de nuestros ingenios mas preclaros han de reposar en una tierra extraña por los injustos desdenes de sus ingratos compatriotas. El primero es del distinguido cantor y compositor *Manuel Garcia*, padre de la inmortal *Malibran*, ornato y admiracion de extranjeros teatros, y de la célebre *Paulina*, que hoy accidentalmente está recogiendo artísticos lauros en los salones de la corte del país que la vió nacer. Decora la tumba de aquel artista un relieve en bronce que representa un libro de música, en el cual se leen algunos compases del *Polo del Contrabandista*.

La siguiente inscripcion expresa de quién es el segundo monumento fúnebre.

« Aquí yace
D. Leandro Fernández de Moratin.
Insigne poeta cómico y lírico,
delicias del teatro español,
de inocentes costumbres y de amenísimo ingenio.
Murió en 21 de Junio de 1828. »

Hay algunos versos latinos dedicados á la memoria del erudito poeta lírico dramático por su buen amigo y compatriota *D. Manuel Sivlela*, que ha querido enterrarse con su familia en el mismo monumento que encierra las cenizas de su ilustre amigo. ¡Gloria á las letras! ¡Llor á la amistad! Séale permitido, virtuosos enterrados, á un viajero compatriota vuestro, quemar un granito de incienso sobre vuestras modestas tumbas.

En seguida nos dimos á buscar el sepulcro de los dos célebres amantes *Abelardo y Eloisa*. Y para que al español que visite aquellos santos lugares no le cueste tanto trabajo encontrarle como me costó á mí, adviértole que se halla cerca de la entrada del cementerio á la mano derecha, pasados los primeros árboles. Yo no sé qué especie de sensacion se experimenta al acercarse á la tumba de los tiernos y desgraciados amantes, cuya historia hace mas de siete siglos aprenden de memoria los jóvenes de todos países, y cuyas sentidas *cartas* nadie alcanza los 20 años sin leer.

El mausoleo es de piedra, y ha sido fabricado de las ruinas del oratorio del *Paraclete*, que *Abelardo* se hizo construir para sus solitarias meditaciones en la vida y para el descanso de sus cenizas en la muerte. Pero ni estas debian estar en un lugar retirado cerca de Nogent, ni separadas de las de su tierna amada; y juntas

fueron trasladadas, y juntas reposan hoy en el cementerio de Paris. Sobre una elevada lápida se ven los retratos de los dos amantes, de cuerpo entero en piedra, como durmiendo el sueño de la muerte. En diferentes ángulos del mausoleo hay varios relieves que representan el acto de la profesion religiosa de *Abelardo*, su entierro, y otros pasajes de su historia. El sepulcro está circuido de una valla tambien de piedra. Sus cuerpos están cubiertos con multitud de coronas, guirnaldas y ramos de siemprevivas que otros amantes han ido colocando como otras tantas ofrendas consagradas á aquellos dos modelos del amor. Yo Fr. Gerundio, como padre amoroso y tierno, olvidando por un momento la severidad de los preceptos monásticos, y acordándome solamente de que tambien habia pagado mi tributo á las impresiones del amor, salté la valla y tuve el gusto de colocar una corona en la cabeza de *Eloisa*, y el de arrancar unas perpétuas de otra que ya la ceñia para conservar una memoria de aquella visita funeraria.

Tirabeque me veia y se admiraba, pero al fin tambien cayó en la tentacion. Solo que por no desmentir su genio me dijo:— Señor, cuántas absoluciones habrán negado á los muchachos los frailes españoles de nuestros tiempos por haber leído las cartas de estos dos ciudadanos!—Déjate ahora de simplezas, le respondí, que no es esta ocasion de venirme con sandeces.

Con lo cual echámos una ojeada de despedida á la tumba de *Abelardo y Eloisa*, y salimos de la ciudad de difuntos del *P. La Chaise*.

Versalles.

Fatal coincidencia es por cierto la de estos apuntes de viaje, tocarle al viajero reseñar el capítulo de *Versalles* bajo el influjo de la lastimosa relacion que nos hacen los periódicos franceses llegados por el último correo, acerca de la horrorosa catástrofe que acaba de suceder en uno de los caminos de hierro que conducen de Paris á aquel sitio real.

Cuando esto escribo, acabo de leer este horrible acontecimiento. Dos máquinas locomotrices impulsaban el convoy que salió de *Versalles* para Paris á las cinco y média de la tarde del domingo 8 del corriente Mayo. En el paso de *Bellevue* se rompe el eje del primer locomotor, y al desprenderse las ruedas, lanza la máquina fuera del carril. Acelerado el segundo por su propio impulso y el del convoy, salta por encima del primero: sucede lo mismo con dos de los wagones descubiertos, con otros dos de la segunda